

o quiere divertirse. Tampoco tiene Jâli fortuna en sus aventuras amorosas. Amilanado, vencido por la fuerza aplastante de Occidente, vuelve a su patria, turbada la paz de su corazón por el deseo insatisfecho de asimilarse a la vida occidental.

Oriente no puede tomar sino lo peor que en la hora actual tiene Occidente; podrá asimilarse su civilización material, su rigor técnico, pero no su cultura propiamente dicha. Un astrónomo oriental predijo, con la fría rigidez científica de un europeo, el momento, calculado en centésimos de segundo, en que iba a producirse un eclipse de sol. Pero esto no le impidió que momentos antes de observarse el fenómeno, tocara el tambor, para impedir, con ingenuidad supersticiosa, que el sol se tragase a la luna. El Oriente no puede asimilarse la cultura occidental, es decir la actitud europea frente a la vida, sin negarse a sí mismo. A Europa le ocurre lo propio con respecto al Oriente.

Pero el Oriente ha tomado no pocos aspectos de la civilización europea, y por eso acaso sea ahora cuando realmente la lucha Oriente-Occidente esté planteándose. Ya hay quien anticipa la posibilidad de una guerra.

Si así fuese, cuando veamos a Oriente y Occidente destrozarse en los campos de batalla, pensemos que han comulgado en una misma fe, o de otro modo que ya los mueven las mismas tristes preocupaciones. Es absurdo pensar en una lucha de culturas. Sólo cabe, y casi siempre por olvido de la propia cultura, una lucha de intereses. Admitido esto, que ambos partidos valoren aquello que se disputan.

AMALIA H. RAGGIO.

GLOSA.—Reseñar un libro es encerrarlo arbitrariamente en el marco favorecedor de nuestra atención. En cuanto una novela se encuentra sobre nuestra mesa se percata de su momentánea importancia y empina insolente ciertas virtudes que reclama como propias. Pero si rompemos el engañoso marco y consultamos el panorama literario, descubriremos que muchas de tales características son solamente aires de familia que la época va imprimiendo sobre todas sus producciones. Entonces la verdadera actitud crítica es quitar sucesivamente esas múltiples películas que envuelven la obra, hasta llegar al contenido esencial de ella. Un ejemplo: en Proust encontramos superpuestas una serie de actitudes literarias, pero no vale la pena ir a sus libros a leer al costumbrista o al humorista; lo valioso en él es su ángulo visual que al ponernos en contacto con un mundo que no interesa a nuestros hábitos utilitarios, destruye la normal visión del universo.

Bien; si con esta disposición leemos *Campeones del mundo* (\*), descubrimos el paradójico hecho de que en Morand lo que menos interesa es su cosmopolitismo; y que si Morand es un valor típico de nuestro tiempo, ese valor no depende de su cosmopolitismo sino de otra cosa, luego diremos cuál.

En efecto, basta exponer la novela de Morand a plena luz para ver palidecer lo que se ha considerado como su máxima característica. Al lado

(\*) Paul Morand, *Champions du monde*. Edición Grasset, París, 1930.

del internacionalismo vigoroso de escritores de marcada tendencia social, el internacionalismo de Morand es algo debilucho e intrascendente. Por no distinguir al turista del internacionalista es que se ha afirmado—¡qué disparate!—que la obra morandiana es el primer ensayo de internacionalización de Occidente. Para encontrarnos con los auténticos representantes de la solidaridad mundial debemos dejar el plano literario de Morand; y acaso tengamos que migrar de la misma literatura francesa.

Después de la infame, de la estúpida guerra del 14, surgió un cálido oleaje de fraternidad humana. A medida que agonizaba un mundo se fueron oyendo las voces alborales de una nueva organización social. Escritores se pusieron a crear una conciencia mundial, a responder al llamado de las masas que no habían deseado la guerra pero que fueron arrojadas a ella por la marcha desatinada del capitalismo. Era un nuevo estado espiritual que se elevaba sobre las vallas políticas de la nacionalidad y sentía al universo unificado, como una metrópoli fantasmal donde las rutas europeas son calles. Lo ha expresado así Morand: "A menudo, cuando camino por los alrededores de la Opera, me digo: "Londres está al extremo de la calle La Fayette", o bien, delante del Palacio de la Legión de Honor: "Para ir a Madrid no tendría más que descender esos escalones y en seguida continuar derecho".

Pero mientras en unos escritores ese sentimiento universalista era un impulso hacia un nuevo orden social, en otro plano literario—en el de Morand—se reducía a una pintura divertida y resignada de las costumbres de la postguerra. Morand, cuyo hogar espiritual está en los hoteles, las embajadas y los estadios de todo el mundo, es un falsificador de internacionalismo. Respira el aire nuevo—es inevitable—pero acompaña a una sociedad en su caída. Ha puesto su música en dos tiempos distintos y este malestar que sentimos leyéndolo, es la disonancia de dos coros, uno que se apaga vencido, el otro que crece promisor.

Sin embargo, sucede que quienes están con el auténtico internacionalismo, y aun con el proletariado—yo, por ejemplo—no quieren saber nada con la mayoría de los literatos de izquierda. ¿Por qué? Pues, por la técnica.

Generalmente un escritor con vocación de apóstol es un señor privado del sentido humorístico, que nos abrumba con una asfixiante ideología de confección. Cree ese señor que hay que decirlo todo. Cree, también, que el arte tiene que ser algo más que arte. El resultado es que los que tenemos una sensibilidad más o menos fina, huímos a otra literatura, a la de Morand por ejemplo, que en vez de arrojarnos uno tras otro los angustiosos problemas del presente, se limita a insinuarlos en rozamiento sutil, dándonos el regalo de unas breves y traviesas instantáneas.

¿Nada más que instantáneas? Pues bien; nada más, sólo que estas instantáneas no son fotográficas, periféricas, sino que llevan escondidas una concepción del mundo. Sobre un fondo cualquiera Morand hace asomar unas agudezas que como los dientecitos de un piñón, al engranar con el espíritu del lector ponen en movimiento su pesada filosofía. Es por esto que en manos de Morand, la imagen, la agudeza, dejan de ser elementos

decorativos o utensilios de un virtuoso, para cobrar un nuevo sentido; las imágenes, aquí, son nada menos que un juego mecánico de resortes que súbitamente extraen de nosotros mismos todo un sistema orgánico y coherente de convicciones. Es la imagen que vuelve a ser instrumento, conjuro: que vale, no por los mundos que acerca sino por los que pone en movimiento: . . . Se dispara un resorte y ya tenemos a Norte América extendida ante nuestros asombrados ojos: "País donde cada cosa no se mantiene en la superficie más que multiplicada por sí misma, sostenida por esos balones de oxígeno que son los ceros puestos en serie, país donde la cruz representa solamente el signo más".

ANDERSON IMBERT.